

EL PRINCIPITO

ANTOINE DE SAINT EXUPÉRY

A LEON WERTH

Pido perdón a los niños por haber dedicado este libro a una persona mayor. Tengo una excusa seria: esta persona mayor es el mejor amigo que he tenido en el mundo. Tengo otra excusa; esta persona mayor puede comprenderlo todo, inclusive los libros para niños. Tengo una tercera excusa: esta persona mayor habita en Francia, donde padece hambre y frío. Tiene mucha necesidad de ser consolada. Si todas estas excusas no son bastantes, me propongo dedicar este libro al niño que fue en otra época esta persona mayor. Todas las personas mayores han sido antes niños. (Pero muy pocas entre ellas lo recuerdan). Corrijo, pues, mi dedicatoria:

A LEON WERTH

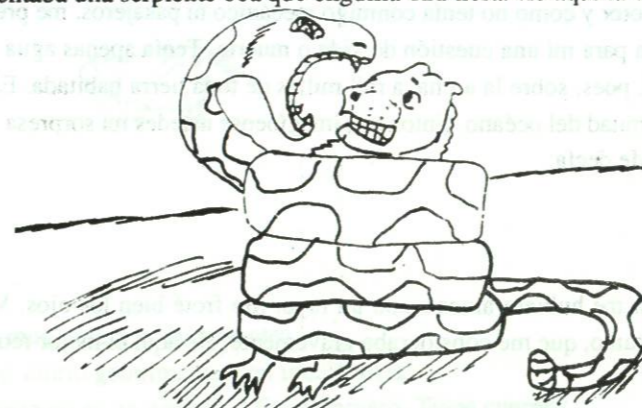
Cuando era una muchachito



Creo que aprovechó, para evadirse, una migración de pájaros silvestres.

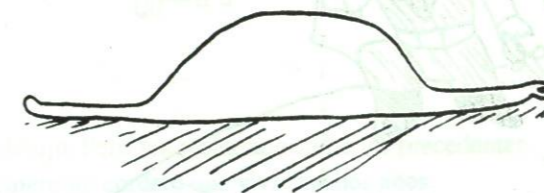
I

Cuando tenía seis años vi, una vez, cierta magnífica imagen en un libro acerca de la Selva Virgen, que se llamaba "Historias Vividas". Representaba una serpiente boa que engullía una fiera. He aquí la copia del dibujo.



Se decía en el libro: "Las serpientes boa tragan su presa toda entera, sin masticarla. A continuación no pueden moverse y duermen durante los seis meses de su digestión".

Reflexioné entonces mucho sobre las aventuras de la selva y, a mi vez, conseguí, con un lápiz de color, trazar mi primer dibujo. Mi dibujo número 1 era como se ve:



Enseñé mi obra maestra a las personas mayores y les pregunté si mi dibujo les daba miedo. Y me contestaron:

-¿Por qué nos iba a dar miedo un sombrero?

Mi dibujo no representaba un sombrero. Representaba una serpiente boa que digería un elefante. Entonces dibujé el interior de la serpiente boa a fin de que las personas mayores pudiesen comprender. Siempre necesitan explicaciones. Mi dibujo número 2 era el que sigue:



Las personas mayores me aconsejaron que dejase de lado los dibujos de serpientes boa, abiertas o cerradas, y que me interesase más bien en la geografía, el cálculo y la gramática. Así fue cómo abandoné, a la edad de seis años, una magnífica carrera de pintor. Me desanimó el poco éxito de mi dibujo número 1 y de mi dibujo número 2. Las personas mayores no comprenden nunca nada por sí solas. Es fatigoso, para los niños de hoy y de siempre, tenerles que estar dando explicaciones.

Debí, pues, escoger otro oficio y aprendí a pilotear aviones. He volado un poco por todo el mundo. Y la geografía, es cierto, me ha servido de mucho. Supe distinguir, al primer golpe de vista, la China de Arizona. Eso es muy útil si uno se ha extraviado durante la noche.

De esta manera he tenido, en el curso de mi vida, multitud de contactos con multitud de personas formales. He vivido mucho entre las personas mayores. Las he visto de muy cerca. Ello no ha mejorado mucho mi opinión.

Cuando encontraba alguna que me parecía un poco lúcida, hacía mi experiencia con ella de mi dibujo número 1, que he conservado siempre. Quería saber si era de verdad comprensiva. Pero siempre me contestaba: "Es un sombrero". Entonces no le hablaba ni de serpientes boa, ni de selvas vírgenes, ni de estrellas. Me ponía a su alcance y le hablaba de bridge, de golf, de política y de corbatas. Y la persona mayor se alegraba mucho de conocer un hombre tan razonable.

II

He vivido así, solo, sin nadie con quien hablar de veras, hasta que tuve una avería en el desierto de Sahara, hará como seis años. Algo se había roto en mi motor y como no tenía conmigo mecánico ni pasajeros, me preparé a salir adelante, por mí solo, de una reparación difícil. Era para mí una cuestión de vida o muerte. Tenía apenas agua potable para ocho días.

La primera noche me dormí, pues, sobre la arena, a mil millas de toda tierra habitada. Estaba mucho más aislado que un naufrago sobre su almadía en mitad del océano. Entonces, imagínense ustedes mi sorpresa cuando, al apuntar el día, una singular vocecilla me despertó. Me decía:

- Por favor... dibújame un cordero.

- ¡Eh!...

- Dibújame un cordero...

Salté sobre mis pies como si me hubiera amenazado un rayo. Me froté bien los ojos. Miré bien. Y pude ver un hombrecito, extraordinario en grado sumo, que me consideraba gravemente. He aquí el mejor retrato que con el tiempo he conseguido hacer de él.



He aquí el mejor retrato que con el tiempo he conseguido hacer de él.

Pero mi dibujo, a buen seguro, es mucho menos encantador que el modelo. La culpa no es mía. Me desalentaron los mayores en mi carrera de pintor, a los seis años y no aprendí nunca a dibujar nada, salvo las boas cerradas y las abiertas.

Contemplaba, pues, esta aparición con ojos muy abiertos de pura estupefacción. No deben ustedes olvidar que me hallaba a mil millas de toda región habitada. Cuando por fin conseguí hablar, le dije:

- Pero... ¿qué estás haciendo aquí?

Y me repitió entonces, muy poquito a poco, como si se tratase de algo muy serio:

- Por favor... dibújame un cordero...

Cuando el misterio es demasiado impresionante, uno no se atreve a desobedecer. Por muy absurdo que aquello me pareciese a mil millas de todos los lugares habitados y en peligro de muerte, saqué de mi bolsillo una hoja de papel y una pluma fuente. Pero me acordé entonces de que había estudiado, sobre todo, la geografía, la historia, el cálculo y la gramática y le dije al hombrecito, con un asomo de mal humor, que yo no sabía dibujar. Me respondió:

- Eso no importa. Dibújame un cordero.

Como nunca había yo dibujado un cordero, tracé para él uno de los dos únicos dibujos de que me creía capaz. El de la boa cerrada. Y me quedé estupefacto al oír que el hombrecito me decía:

- ¡No! ¡No! No quiero un elefante dentro de una serpiente boa. Esta es muy peligrosa, y un elefante muy embarazoso.

En mi país todo es pequeño. Necesito un cordero. Dibújame un cordero.

Entonces me puse a dibujar. Él miró atentamente y luego dijo:



- ¡No! Este se ve ya muy enfermo. Hazme otro.

Yo dibujé. Mi amigo sonrió gentilmente, con indulgencia:

- Ves muy bien que esto no es un cordero... Es un carnero. Tiene cuernos.



Hice una vez más mi dibujo. Pero fue rechazado como los precedentes.

- Este es muy viejo. Quiero un cordero que viva muchos años.



Entonces, perdida la paciencia, puesto que me urgía comenzar el desmontaje de mi motor, borroneé este dibujo. Y expliqué:

- Esta es una caja. El cordero que tú quieres va dentro.



Pero me sorprendió mucho ver cómo se iluminaba el rostro de mi joven juez.

- Eso es precisamente lo que yo quería -dijo-. ¿Crees que va a necesitar mucha hierba este cordero?

- ¿Por qué?

- Porque en mi país todo es pequeño.

- Habrá bastante, seguro. Te he dibujado un corderito muy chico.

Inclinó la cabeza sobre el dibujo:

- No tan chico... ¡Mira! Se ha dormido...

De este modo fue cómo trabé conocimiento con el principito.

III

Necesité mucho tiempo para comprender de dónde venía. El principito, que me hacía muchas preguntas, no parecía nunca oír las mías. Son palabras pronunciadas por casualidad las que poco a poco me lo han revelado todo. Así, cuando descubrió por vez primera mi avión -no dibujaré mi avión porque es un dibujo demasiado complicado para mí-, me preguntó:

- ¿Qué viene a ser esa cosa que está allí?

- No es una cosa. Esto vuela. Es un avión. Es mi avión.

Y me sentía ufano de enseñarle que yo volaba. Entonces gritó:

- ¡Cómo! ¡Tú has caído del cielo!

- Sí, repuse yo modestamente.

- ¡Ah! Eso sí que es curioso...

Y el pequeño príncipe tuvo un acceso de risa que me irritó mucho. Me gusta que mis clamidades sean tomadas en serio. Luego añadió:

- Entonces, tú también vienes del cielo. ¿De qué planeta eres?

Entreví en seguida una claridad en el misterio de su presencia, y lo interrogué bruscamente:

- ¿Así que tú procedes de otro planeta?

Pero no me respondió. Movía la cabeza muy despacio, viendo mi avión y musitando:

- La verdad es que, encima de esto, no puedes venir de muy lejos.

Se sumió en un ensueño que duró mucho rato. Luego, sacando mi cordero de su bolsillo, se dedicó a contemplar su tesoro.

Imagínense ustedes hasta qué punto me debía sentir intrigado por aquella semi-confidencia sobre "los otros planetas". Me esforcé, pues, en saber más.



- ¿De dónde vienes tú, mi hombrecillo? ¿Dónde se halla ese "tu país"? ¿A dónde te propones llevar mi cordero? Me respondió tras un silencio meditativo:

- Lo que está muy bien, con esa caja que me has dado, es que, de noche, le servirá de casa.

- A buen seguro. Y si eres amable, te daré una cuerda para que lo ates durante el día. Y un poste.

La proposición pareció molestar al principito.

- ¿Atarle? ¡Vaya ocurrencia!...

- Pero es que si no lo atas, se irá quien sabe dónde y se perderá...

Y mi amiguito tuvo un nuevo ataque de risa.

- Pero -farfulló- ¿dónde quieres que vaya?

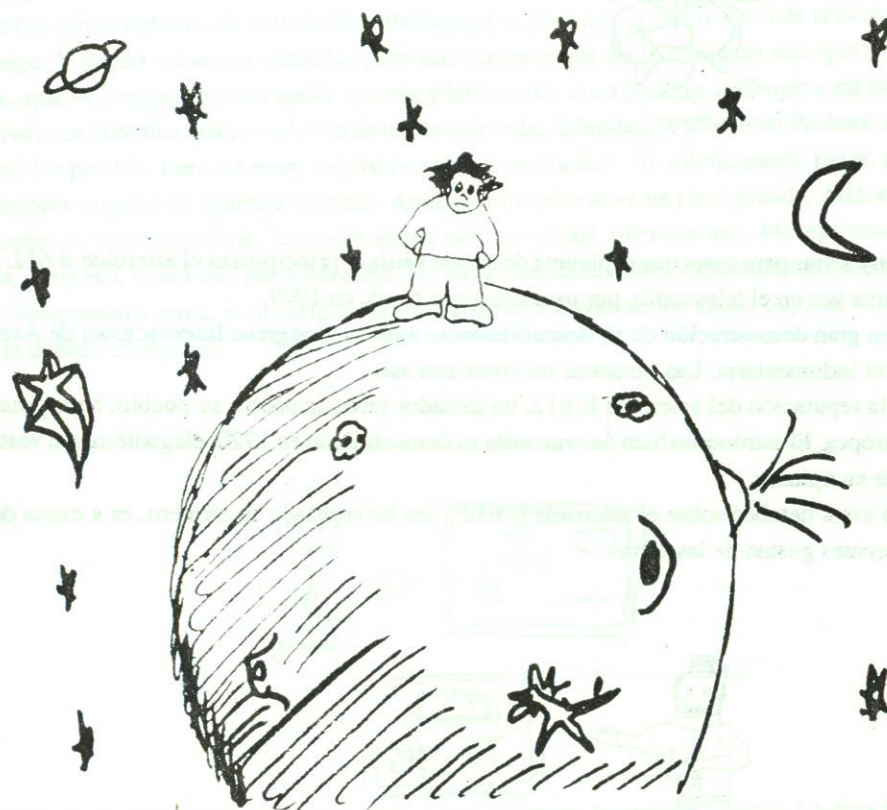
- No importa dónde. Seguirá derecho...

Entonces el principito observó gravemente:

- No importa. ¡Es todo tan pequeño en mi país!

Y con un dejo de amargura, tal vez, añadió:

- Derecho, derecho... no se puede ir muy lejos.



El pequeño príncipe en el asteroide B 612.

IV

Me había enterado de un segundo extremo muy importante: su planeta de origen era apenas más grande que una casa. Esto no me podía asombrar mucho. Sé muy bien que, aparte de los grandes planetas como la Tierra, Júpiter, Marte, Venus, los cuales han recibido nombres, hay centenares de otros que son a veces tan pequeños que da mucho trabajo descubrir su presencia con la ayuda del telescopio. Cuando un astrónomo descubre uno de ellos, le da por nombre un número. Lo llama, por ejemplo, "el asteroide número 3,251".

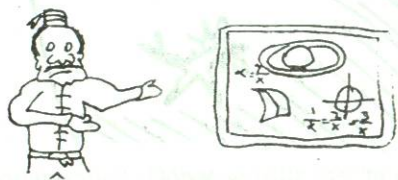


Tengo razones muy serias para creer que el planeta de donde venía el principito es el asteroide B 612. Este asteroide no ha sido visto más que una vez en el telescopio, por un astrónomo turco, en 1909.

Hizo entonces una gran demostración de su descubrimiento ante un Congreso Internacional de Astronomía. Pero nadie le creyó a causa de su indumentaria. Las personas mayores son así.

Felizmente para la reputación del asteroide B 612, un dictador turco impuso a su pueblo, bajo pena de muerte, la obligación de vestir a la europea. El astrónomo hizo nuevamente su demostración en 1920, elegantemente vestido, y esta vez todo el mundo participó de su opinión.

Si les he contado estos detalles sobre el asteroide B 612 y les he confiado su número, es a causa de las personas mayores. Las personas mayores gustan de las cifras.



Cuando ustedes les hablan de un nuevo amigo, nunca preguntan sobre lo esencial. Jamás dicen: "¿Cuál es el sonido de su voz? ¿Qué juegos prefiere? ¿Acaso colecciona mariposas?" ¡No! Preguntarán: "¿Cuál es su edad? ¿Cuántos hermanos tiene? ¿Qué peso es el suyo? ¿Cuánto gana su padre?" Solamente entonces creerán conocerle. Si les dicen a las personas mayores: "He visto una linda casa de ladrillos rosa, con geranios en las ventanas y palomas sobre el techo...", no lograrán imaginarse tal casa. Hace falta decirles: "He visto una casa de cien mil francos". Entonces se ponen a gritar: "¡Qué bonita!"

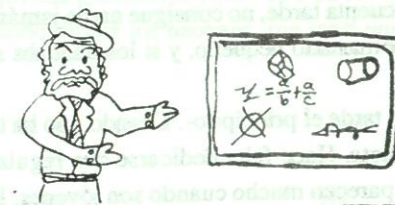
De este modo, si se les dice: "La prueba de que existe el principito es que era encantador, que se reía y que quería un cordero. Cuando uno quiere un cordero es prueba de que uno existe", se encogerán de hombros y dirán que eso es pueril. Pero si ustedes les dicen: "E

l planeta de donde venía era el asteroide B 612", entonces se sentirán convencidos y ya no harán más preguntas. Ellos son así. No hay que tenerles rencor por eso. Los niños deben ser indulgentes para con las personas mayores.

¡Pues, seguro, nosotros, que comprendemos la vida, nos burlamos mucho de los números! Me hubiera gustado comenzar esta historia a la manera de los cuentos de hadas. Hubiera preferido decir:

"Erase una vez un principito que habitaba un planeta poco mayor que él, y que tenía necesidad de un amigo..." Para los que comprenden la vida, esto tendría un aire mucho más veraz.

Porque no me seduce que se lea mi libro a la ligera. Siento gran pena al contar estos recuerdos. Hace seis años que mi amigo se fue con su cordero. Si trato de describirlo aquí, es para no olvidarlo. Es triste olvidar un amigo. No todo el mundo tiene un amigo. Y puedo volverme como las personas mayores que no se interesan más que por los números. Es, pues, por eso, además, que he comprado una caja de colores y lápices. Es duro ponerse a dibujar a mi edad, cuando uno no ha hecho otras tentativas que la de una boa cerrada y la de una boa abierta, ¡a la edad de seis años! Probaré, desde luego, de hacer retratos lo más parecidos posible. Pero no estoy seguro de salirme con la mía. Un dibujo puede pasar, pero el otro no se parece. Me equivoco también un poco en cuanto al tamaño. Aquí, el principito se ve un poco grande. Allí, es demasiado pequeño. Dudo, asimismo, sobre el color de su traje. Entonces ando a tientas, así, así, bien que mal. Me equivocaré sobre ciertos detalles más importantes. Pero eso, habrá que perdonármelo. Mi amigo no daba nunca explicaciones. Me creía, al parecer, semejante a él. Pero yo, desgraciadamente, no acierto a ver los corderos a través de las cajas. Soy, tal vez, un poco como las personas mayores. He debido envejecer.



V

Cada día me enteraba de algo en relación con el planeta, la partida, el viaje. La cosa venía despacito, al azar de las reflexiones. De esta manera fue cómo, el tercer día, conocí el drama de los baobabs.

Inclusive esta vez fue gracias al cordero, porque bruscamente el principito me interrogó, como acometido por una duda grave:

- ¿Es cierto, de veras, que los corderos comen arbustos?
- Sí. Es cierto.
- ¡Ah! Estoy contento.

No comprendí por qué era tan importante que los corderos comiesen arbustos. Pero el principito añadió:

- Y, por consiguiente, ¿comen también baobabs?

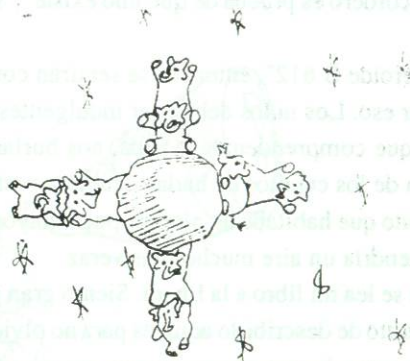
Hice notar al principito que los baobabs no son arbustos, sino árboles tan grandes como iglesias y que, aun cuando llevase consigo todo un rebaño de elefantes, ese rebaño no devoraría un solo baobab.

La idea del rebaño de elefantes hizo reír al principito.

- Haría falta ponerlos unos sobre otros... -Pero hizo observar muy cuerdamente: Los baobabs, antes de crecer, empiezan por ser pequeños.

- Exacto. Pero, ¿por qué quieres que tus corderos se coman los pequeños baobabs?

Y me respondió: "¡Vamos! ¡Hay que ver!", como si se tratara de una evidencia. Necesité de un gran esfuerzo de inteligencia para comprender por mí mismo este problema.



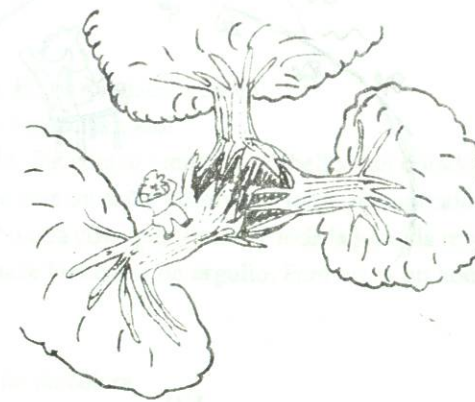
En efecto: sobre el planeta del principito había, como sobre todos los planetas, buenas hierbas y malas hierbas. Por consiguiente, buenas simientes de las hierbas buenas y malas simientes de las hierbas malas. Pero las simientes son invisibles. Duermen en el secreto de la tierra hasta que una de ellas siente la fantasía de despertarse. Entonces se estira, y brota en principio tímidamente hacia el sol una encantadora ramita inofensiva. Si se trata de una ramita de rábano o de rosal, puede dejársela crecer como ella quiera. Pero si se trata de una planta mala, hace falta arrancarla en seguida, tan luego como uno la ha sabido identificar. Y había simientes terribles en el planeta del principito... Eran las simientes de los baobabs. El suelo del planeta estaba infestado de ellas. Y de un baobab, si uno se da cuenta tarde, no consigue nadie jamás desembarazarse. Obstruye todo el planeta, lo perfora con sus raíces. Si el planeta es demasiado pequeño, y si los baobabs son numerosos, lo harán estallar sin remedio.

- Es una cuestión de disciplina -me decía más tarde el principito-. Cuando uno ha terminado su aseo de la mañana, hace falta cuidar minuciosamente la limpieza del planeta. Hace falta dedicarse con regularidad a extirpar los baobabs en cuanto uno los distingue de los rosales, a los cuales se parecen mucho cuando son jóvenes. Es un trabajo molesto, pero muy fácil.



Y un día me aconsejó que me esforzara por obtener un buen dibujo para hacer entrar aquello en la cabeza de los niños de mi casa.

- Si algún día viajan -me dijo-, esto podrá servirles. Algunas veces no hay inconveniente en posponer el trabajo para más tarde. Pero cuando se trata de baobabs, es siempre una catástrofe. He conocido un planeta habitado por un perezoso. Había descuidado tres arbustos...



Los baobabs

Y, siguiendo las indicaciones del principito, he dibujado aquel planeta. No me gusta mucho asumir el tono de un moralista. Pero el peligro de los baobabs es tan poco conocido, y los riesgos corridos por quien se extraviara en un asteroide son tan considerables, que, por una vez, hago caso omiso de mi reserva. Yo digo: "¡Niños! ¡Mucho cuidado con los baobabs!" Es para advertir a mis amigos de un peligro que les amenaza desde hace mucho tiempo, como a mí mismo, sin conocerlo, por lo que he trabajado tanto este dibujo. La lección que daba valía la pena. Ustedes se preguntarán, acaso, ¿por qué no se hallan en este libro otros dibujos tan grandiosos como éste de los baobabs? La respuesta es muy sencilla. Lo he intentado, pero no lo he conseguido. Cuando dibujé los baobabs, me sentí animado por una sensación de urgencia.

VI

¡Ah!, principito, yo he comprendido, poco a poco, de esta manera, tu pequeña vida melancólica. No habías tenido en mucho tiempo como distracción más que la dulzura de las puestas de sol. He sabido este detalle nuevo el cuarto día por la mañana, cuando me has dicho:

- Me agradan mucho las puestas de sol. Vamos a ver una...

- Pero, es preciso esperar.

- ¿Esperar qué?

- Esperar a que el sol se ponga.

En principio te has mostrado muy sorprendido, y luego te has reído de ti mismo. Y me has dicho:

- ¡Siempre creó hallarme en mi país!

En efecto. Cuando es de noche en los Estados Unidos, el sol, como sabe todo el mundo, se acuesta sobre la Francia. Bastaría poder ir a Francia en un minuto para asistir a la puesta del sol. Desgraciadamente, la Francia está muy lejos. Pero sobre tu planeta tan pequeño era suficiente mover tu silla algunos pasos. Y mirabas el crepúsculo cada vez que lo deseabas.

- ¡Un día, he visto el sol acostarse cuarenta y tres veces!

- Y un poco más tarde añadías:

- ¿Sabes?... Cuando uno está triste, muy triste, le gusta admirar las puestas de sol...

- El día de las cuarenta y tres puestas, ¿así estabas de triste?

1020124223

Pero el principito no respondió.



VII

El quinto día, siempre gracias al cordero, me fue revelado este secreto de la vida del principito. Me pregunté bruscamente, sin preámbulos, como el fruto de un problema largamente meditado en silencio:

- Si un cordero se come los arbustos, ¿se come también las flores?
- Un cordero se come todo lo que encuentra.
- Inclusive las flores que tienen espinas?
- Sí. Inclusive esas flores.
- Entonces, ¿para qué sirven las espinas?

Yo no lo sabía. Me hallaba muy atareado tratando de destornillar un perno del motor apretado con exceso. Me sentía muy preocupado porque mi *panne* empezaba a parecerme muy grave, y el agua de beber que se agotaba me hacía temer lo peor.

- ¿Para qué sirven las espinas?

El principito no renunciaba jamás a una pregunta, una vez que le había formulado. Yo estaba irritado contra mi perno y respondí de mala manera:

- ¡Las espinas no sirven para nada, es maldad pura por parte de las flores!
- ¡Oh!

Pero después de un silencio, me dijo con una especie de rencor:

- ¡No te creo! las flores son débiles. Son inocentes. Se guardan como pueden. Se figuran ser terribles con sus espinas...



No contesté nada. En aquel instante yo me decía:

"Si ese perno resiste, lo voy a hacer saltar de un martillazo".

El principito estorbó de nuevo mis reflexiones:

- Y tú crees que las flores...
- ¡Pues no! ¡Pues no! ¡Yo no creo nada!
- Te he respondido cualquier cosa. Yo me ocupo, nada más, de cosas serias.
- Me contempló estupefacto.

- ¡De cosas serias!
- Me dio un poco de vergüenza. El, despiadado, añadió:
- ¡Tú lo confundes todo! ¡Tú lo mezclas todo!

Estaba verdaderamente irritado. Sacudía al viento sus cabellos tan dorados.

- Yo conozco un planeta donde vive un señor colorado. Nunca ha aspirado una flor. Nunca ha mirado una estrella. Nunca ha amado a nadie. Nunca ha hecho otra cosa que sumas. Y toda la jornada repite, como tú: "¡Yo soy un hombre serio! ¡Yo soy un hombre serio!", lo cual lo hace hincharse de orgullo. Pero no es un hombre. Es un hongo..

- ¿Un qué?
- ¡Un hongo!

El principito estaba ahora pálido de cólera.

- Hace millones de años que las flores fabrican espinas. Hace millones de años que los corderos se comen las flores a pesar de todo. ¿Y no es serio tratar de comprender por qué se mortifican tanto en fabricar espinas que nunca sirven para nada? ¿Y no es importante la guerra de los corderos y de las flores? ¿Y no es más serio eso que las sumas de un señor colorado? Y si yo conozco una flor, única en el mundo, que no existe en ninguna parte, salvo en mi planeta, y que un corderillo puede aniquilar de un solo golpe, así, cualquier mañana, sin darse cuenta de lo que hace, ¿no es importante esto?

Enrojeció y siguió diciendo:

- Si alguien ama a una flor de la cual no existe más que un ejemplar en los millones y millones de estrellas, con esto tiene bastante para ser feliz si las contempla. Y se dice: "Mi flor está allí... en alguna parte..." Pero si el cordero se come la flor, es para él como si, bruscamente, todas las estrellas se extinguieran. ¡Y eso no es importante!

No pudo decir más. Estalló repentinamente en sollozos. La noche había cerrado. Yo acababa de dejar mis útiles. Me burlaba de mi martillo, de mi perno, de la sed y de la muerte. ¡Había en una estrella, un planeta, el mío, la Tierra, un principito a quien consolar! Lo tomé en mis brazos, lo mecí, Le dije:

- La flor que tú quieres no peligrará... Le dibujaré un bozal a tu cordero. Le dibujaré una armadura a tu flor... Yo...

No sabía muy bien lo que me decía. Me sentía muy torpe. No sabía cómo alcanzarlo, dónde reunirme con él... Es hasta tal punto misterioso el país de las lágrimas...

VIII

Aprendí muy pronto a conocer esta flor. Había existido siempre, sobre el planeta del principito, flores muy sencillas adornadas de una sola hilera de pétalos, y que no ocupaban lugar alguno ni molestaban a nadie. Aparecían por la mañana sobre la hierba y se extinguían por la noche. Pero ésta había germinado un día, de un germen traído quién sabe de dónde, y el principito había vigilado desde muy cerca esta ramita que no se parecía a las otras. Podía ser un nuevo género de baobab. Pero el arbusto cesó muy pronto de crecer y se dispuso a preparar una flor. El principito, que asistía a la instalación de un capullo enorme, presentía que saldría de él una aparición milagrosa, mas la flor no acababa nunca de prepararse a ser bella, al abrigo de su cámara verde. Escogía con cuidado los colores. Se vestía lentamente, ajustándose sus pétalos uno a uno. No quería salir toda arrugada como las amapolas. Quería aparecer envuelta en todo el resplandor de su belleza. ¡Y bien, sí! ¡Era muy coqueta! Su misteriosa *toilette* venía durando días y más días. Y he aquí que una mañana, precisamente a la hora de salir el sol, se dejó ver.

- Y la que tanto había trabajado, con tal precisión, dijo bostezando:
- ¡Ah! Me despierto apenas... Le pido a usted perdón... Estoy todavía despeinada...
- El pequeño príncipe, entonces, no pudo contener su admiración: